

Anaïs Nin

# Delta de Venus

Traducción de Víctor Vega

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Delta of Venus*

Esta edición ha sido negociada a través de Ute Körner Agencia Literaria, S. L.,  
Barcelona ([www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)).

Primera edición: 2008

Quinta edición: 2021

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / [www.elsasuearez.com](http://www.elsasuearez.com)

Dibujos: © Shutterstock (OneLineStock.com; Stefanie Schubbert)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 1969 by Anaïs Nin

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2008, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-367-2

Depósito legal: M. 7.303-2021

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## Prólogo<sup>1</sup>

*Abril de 1940*

Un coleccionista de libros ofreció a Henry Miller cien dólares mensuales para que escribiera cuentos eróticos. Era como un castigo dantesco condenar a Henry a escribir cuentos eróticos a dólar la página. Henry se negó, porque en aquel momento su humor era totalmente opuesto al rabelaisiano, porque escribir por encargo constituía una ocupación castradora, y porque escribir con alguien mirando por el ojo de la cerradura arrebatava toda espontaneidad y todo el placer a sus aventuras, plenas de imaginación.

*Diciembre de 1940*

Henry me habló del coleccionista. A veces almorzaban juntos. Le adquirió un original y le sugirió luego que escribiera algo para uno de sus viejos y ricos clientes. No podía decir mucho acerca de él, salvo que estaba interesado en los relatos eróticos.

Henry empezó alegremente, en broma. Inventó historias salvajes de las que nos reímos juntos. Se entregó a ello como si fuera un experimento, y al principio le resultaba fácil, pero al cabo de poco se hartó. No quería

---

<sup>1</sup> Adaptado del *Diario* de Anaïs Nin, volumen III.

usar el material que había planeado incluir en el libro en el que estaba trabajando, por lo que se vio condenado a forzar su inventiva y su talante.

Nunca recibió una palabra de agradecimiento de su extraño patrón. Podía ser natural que no quisiera revelar su identidad, pero Henry empezó a atosigar al coleccionista. ¿Existía realmente aquel patrón? ¿No irían destinadas aquellas páginas al propio coleccionista, para alegrarle su melancólica existencia? ¿Eran uno y otro una misma persona? Henry y yo discutimos este extremo largamente, hicimos conjeturas y nos divertimos.

En este punto, el coleccionista anunció que su cliente estaba a punto de llegar a Nueva York, y que Henry se reuniría con él. Pero la reunión nunca llegó a celebrarse. El coleccionista se mostraba pródigo en sus descripciones de cómo enviaba los originales por correo aéreo y de lo mucho que costaban, pequeños detalles para añadir realismo a sus proclamas en favor de la existencia de su cliente.

Un día quiso un ejemplar dedicado de *Primavera negra*.

–Yo creí haberle entendido que él tenía ya todos mis libros firmados –objetó Henry.

–Es que ha perdido su ejemplar de *Primavera negra*.

–¿A quién debo dedicarlo? –preguntó Henry inocentemente.

–A un buen amigo; con eso bastará. Y firme con su nombre.

Pocas semanas más tarde, Henry necesitaba un ejemplar de *Primavera negra* y no encontraba ninguno. Decidió pedir prestado el del coleccionista. Fue a su oficina, y la secretaria le rogó que esperase. Empezó a mirar los volúmenes de la librería y descubrió un ejemplar de *Primavera negra*. Lo sacó y resultó ser el dedicado al «buen amigo».

Cuando llegó el coleccionista, Henry le habló del asunto, riendo. Con el mismo buen humor, el coleccionista explicó:

—¡Oh sí! El viejo se impacientó tanto que le envié mi propio ejemplar mientras esperaba que usted me entregara el firmado, con el propósito de cambiárselo cuando él vuelva a Nueva York.

Al encontrarnos, Henry me dijo:

—Esto me huele peor que nunca.

Cuando preguntó qué opinaba el patrón de sus escritos, el coleccionista comentó:

—Oh, le gustan todos; todos son una maravilla. Pero prefiere la narración o sea las historias, más que el análisis, que la filosofía.

Cuando Henry necesitó dinero para sus gastos de viaje, me sugirió que yo escribiera algo. Yo no deseaba vender nada genuino, y decidí crear una mezcla de relatos que había oído y de invenciones, haciéndola pasar por el diario de una mujer. Nunca me entrevisté con el coleccionista. Él leería mis páginas y me daría a conocer su opinión. Hoy he recibido una llamada telefónica. Una voz ha dicho:

—Es bonito, pero déjese de poesía y de descripciones no relacionadas con el sexo. Concéntrese en el sexo.

Así que empecé a escribir, cayendo en demasías y excesos de inventiva; exageré de tal manera, que pensé iba a darse cuenta de que estaba caricaturizando la sexualidad. Pero no hubo protesta. Pasé unos días en la biblioteca estudiando el *Kama Sutra*, y oyendo de mis amigos las más osadas aventuras.

—Menos poesía —dijo la voz al teléfono—. Sea concreta.

Pero ¿fue para alguien una experiencia placentera leer una descripción clínica? ¿Acaso no sabía el anciano

hasta qué punto las palabras aportan colores y sonidos a la carne?

Todas las mañanas, después del desayuno, me sentaba a escribir mi dosis de erotismo. Una mañana escribí: «Había una vez un aventurero húngaro...». Le atribuí muchas cualidades: apostura, elegancia, gracia, encanto, talento de actor, conocimiento de muchas lenguas, genio para la intriga, habilidad para salir con éxito de las dificultades y para rehuir la estabilidad y la responsabilidad.

Otra llamada telefónica:

–El viejo está complacido. Concéntrese en el sexo. Déjese de poesía.

Éste fue el inicio de una epidemia de «diarios» eróticos. Todo el mundo se dedicaba a escribir sus experiencias sexuales, inventadas, oídas, tomadas de Krafft-Ebing y de libros de medicina. Manteníamos conversaciones cómicas. Uno contaba una historia, y los demás teníamos que decidir si era verdadera o falsa. O verosímil. ¿Lo era? Robert Duncan se ofreció a experimentar, a poner a prueba nuestras invenciones, a confirmar o negar nuestras fantasías. Todos necesitábamos dinero, así que explotamos en común nuestras historias.

Yo estaba segura de que el anciano lo desconocía todo acerca de las beatitudes, éxtasis y deslumbradoras reverberaciones de los encuentros sexuales. Su mensaje fue suprimir la poesía. El sexo clínico, desprovisto de todo el calor del amor –la orquestación de los sentidos: tacto, oído, vista, gusto, y todos los acompañamientos eufóricos, la música de fondo, los humores, la atmósfera, las variaciones–, le obligaba a recurrir a los afrodisíacos literarios.

Podíamos haber recogido los mejores secretos y contárselos, pero a tales secretos hubiera permanecido sordo.

Pero el día que alcanzaba la saturación, le diría que nos había hecho casi perder el interés por la pasión, a causa de su manía por los gestos desprovistos de emociones, y hasta qué extremo abominábamos de él, pues a punto estuvo de hacernos formular voto de castidad al pretender arrebatarnos nuestro único afrodisíaco: la poesía.

Recibí cien dólares por mis relatos eróticos. Gonzalo tenía que ir al dentista, Helba necesitaba un espejo para su ballet, y Henry dinero para su viaje. Gonzalo me contó la historia del vasco y Bijou, y la escribí para el coleccionista.

*Febrero de 1941*

No he pagado la factura del teléfono. La red de dificultades económicas ha ido cerrándose sobre mí. A mi alrededor no hay nadie responsable, consciente de este naufragio. He escrito treinta páginas de relatos eróticos.

He recordado que no tengo un céntimo, y he telefonado al coleccionista. ¿Ha tenido noticias de su rico cliente acerca del último original que le mandé? No, no las ha tenido, pero estaría dispuesto a quedarse con el último cuento que he escrito y a pagármelo. Henry tiene que ir al médico. Gonzalo necesita unas gafas. Robert vino con B. y me pidió dinero para ir al cine. El hollín acumulado en el travesaño de la ventana cayó sobre mis folios y sobre mi trabajo. Robert vino y se llevó mi caja de papel de escribir.

¿Estaba cansado el viejo de pornografía? ¿Iba a producirse un milagro? Empecé a imaginarle diciendo: «Deme todo lo que ella escriba; lo quiero todo, me gusta todo. Le enviaré un gran regalo, un cheque por todo lo que ha escrito».

Se me rompió la máquina de escribir. Con cien dólares en el bolsillo, recobré el optimismo.

–El coleccionista dice que desea mujeres simples, no intelectuales –le dije a Henry–, pero me invita a cenar.

Sentí que la caja de Pandora contenía los misterios de la sensualidad femenina, tan distinta de la masculina que el lenguaje de los hombres no resultaba adecuado para describirla. El lenguaje del sexo aún está por inventarse. El lenguaje de los sentidos tiene que explorarse. D. H. Lawrence empezó a dotar de instinto al lenguaje, trató de escapar de lo clínico, de lo científico, que sólo capta lo que siente el cuerpo.

*Octubre de 1941*

Cuando llegó Henry, hizo varias observaciones contradictorias. Que podía vivir sin nada, que se sentiría muy bien si pudiera conseguir un empleo, que su integridad le impedía escribir guiones en Hollywood. Al final dije:

–¿Y qué hay de la integridad cuando se escriben relatos eróticos por dinero?

Henry se echó a reír, admitió la paradoja y las contradicciones, volvió a reírse y zanjó el tema.

Francia posee una elegante tradición en materia de literatura erótica. Cuando empecé a escribir para el coleccionista, pensé que aquí existía una tradición similar, pero no encontré nada en absoluto. Todo cuanto había visto era de pésima calidad, debido a escritores de segunda fila. Ninguno de categoría probó, al parecer, en el género erótico.

Le conté a George Barker cómo escribían Caresse Crosby, Robert, Virginia Admiral y otros. Hizo gala de su sentido del humor, aludiendo a la idea de que yo me



convirtiera en la *madame* de aquella casa de prostitución literaria, de la que estaba excluida la vulgaridad.

—Yo pongo los folios y el papel carbón —expliqué, riendo—, entrego el original anónimamente y protejo el anonimato de todos.

George Barker consideró esto mucho más divertido e inspirador que pedir limosna, vivir de prestado o hacer de parásito de los amigos.

Reuní a varios poetas conmigo y escribimos hermosos relatos eróticos. Como se nos condenaba a centrarnos exclusivamente en la sensualidad, tuvimos violentas explosiones de poesía. Escribir relatos eróticos se convirtió en un camino hacia la santidad antes que hacia el libertinaje.

Harvey Breit, Robert Duncan, George Barker y Carresse Crosby, concentrando todo nuestro talento en un *tour de force*, suministrábamos al anciano tal cantidad de satisfacciones perversas, que nos mendigaba más.

Los homosexuales escribían como si fueran mujeres, los tímidos hablaban de orgías, y las frías de frenéticas hazañas. Los más poéticos se permitían tratar de auténtica bestialidad, y los más puros, de perversiones. Estábamos obsesionados por los maravillosos relatos que no podíamos contar. Nos sentábamos en círculo, imaginábamos al viejo, y hablábamos de lo mucho que lo odiábamos porque no nos permitía una fusión de sexualidad y sentimiento, de sensualidad y emoción.

*Diciembre de 1941*

George Barker era terriblemente pobre. Quería escribir más relatos eróticos, y escribió ochenta y cinco páginas. El coleccionista consideró que los cuentos eran demasiado surrealistas. A mí me gustaron. Sus escenas de amor

resultaban desmesuradas y fantásticas: amor entre trapacios.

Se bebió el primer dinero, y yo no le pude prestar nada, salvo más folios y más papel carbón. George Barker, el excelente poeta inglés, escribía erotismo para beber, como Utrillo pintaba cuadros a cambio de una botella de vino. Empecé a pensar en el viejo al que todos odiábamos. Decidí escribirle, dirigirme a él directamente, explicarle cuáles eran nuestros sentimientos.

«Querido coleccionista: Le odiamos. El sexo pierde todo su poder y su magia cuando se hace explícito, mecánico, exagerado; cuando se convierte en una obsesión maquinal. Se vuelve aburrido. Usted nos ha enseñado, mejor que nadie que yo conozca, cuán equivocado resulta no mezclarlo con la emoción, el hambre, el deseo, la concupiscencia, las fantasías, los caprichos, los lazos personales y las relaciones más profundas, que cambian su color, sabor, ritmos e intensidades.

»Usted no sabe lo que se está perdiendo a causa de su examen microscópico de la actividad sexual, que excluye los aspectos que constituyen el carburante que la inflama. Aspectos intelectuales, imaginativos, románticos y emocionales. Eso es lo que confiere al sexo sus sorprendentes texturas, sus sutiles transformaciones, sus elementos afrodisíacos. Usted está dejando que se marchite el mundo de sus sensaciones; está dejando que se seque, que se muera de inanición, que se desangre.

»Si alimentara usted su vida sexual con todas las excitaciones y aventuras que el amor inyecta en la sensualidad, se convertiría en el hombre más potente del mundo. La fuente del poder sexual es la curiosidad, la pasión. Está usted contemplando cómo su llama se extingue por asfixia. El sexo no prospera en medio de la monotonía.

Sin sentimiento, sin invenciones, sin el estado de ánimo apropiado, no hay sorpresas en la cama. El sexo debe mezclarse con lágrimas, risas, palabras, promesas, escenas, celos, envidia, todas las variedades del miedo, viajes al extranjero, caras nuevas, novelas, relatos, sueños, fantasías, música, danza, opio y vino.

»¿Cuánto pierde usted a través de ese periscopio que tiene en el extremo del sexo, cuando puede usted gozar de un harén de maravillas distintas y nunca repetidas? No existen dos cabellos iguales, pero usted no nos permite gastar palabras en la descripción del cabello. No hay tampoco dos olores iguales, pero si nos extendemos sobre eso, usted exclama: “Supriman la poesía”. No hay dos cutis con la misma textura, y jamás la misma luz, o temperatura o sombra ni el mismo gesto, pues un amante, cuando es movido por el verdadero amor, puede recorrer siglos y siglos de tradición amorosa. ¡Qué posibilidades, qué cambios de edad, qué variaciones de madurez e inocencia, perversidad y arte...!

»Hemos estado hablando de usted durante horas, y nos hemos preguntado cómo es usted. Si ha cerrado sus sentidos a la seda, a la luz, el color, el olor, el carácter y el temperamento, debe usted estar ya completamente marchito. Existen multitud de sentidos menores, que discurren como afluentes de la corriente principal que es el sexo, y que la nutren. Sólo el palpito al unísono del sexo y el corazón puede producir el éxtasis.»

### *Post scriptum*

En la época en que nos dedicábamos a escribir relatos eróticos a dólar la página, me di cuenta de que durante siglos habíamos tenido un solo modelo para este género

literario: los textos de autores masculinos. Yo era ya consciente de que existía una diferencia entre el tratamiento dado a la experiencia sexual por los hombres y por las mujeres. Me constaba la gran disparidad existente entre lo explícito de Henry Miller y mis ambigüedades, entre su visión humorística rabelaisiana del sexo y mis poéticas descripciones de relaciones sexuales contenidas en los fragmentos no publicados de mi *Diario*. Como escribí en el volumen tercero de aquél, experimentaba el sentimiento de que la caja de Pandora contenía los misterios de la sensualidad femenina, tan distinta de la masculina, que el lenguaje del hombre no resultaba adecuado para describirla.

Creía que las mujeres eran más aptas para fusionar el sexo con la emoción y con el amor, y para escoger a un hombre antes que caer en la promiscuidad. Me di cuenta cuando escribí mis novelas y el *Diario*, y aún lo vi más claro cuando empecé a dar clases. Pero aunque la actitud de las mujeres hacia el sexo fuera por completo distinta de la masculina, aún no hemos aprendido a escribir sobre el tema.

Estos relatos eróticos los escribí para entretener, bajo la presión de un cliente que me pedía que «me dejara de poesía». Creí que mi estilo derivaba de una lectura de obras debidas a hombres, y por esta razón sentí durante mucho tiempo que había comprometido mi yo femenino. Olvidé estos relatos. Releyéndolos muchos años más tarde, me doy cuenta de que mi propia voz no quedó ahogada por completo. En numerosos pasajes estaba utilizando intuitivamente un lenguaje de mujer, viendo la experiencia sexual desde la perspectiva femenina. Al final, decidí autorizar la publicación de mis relatos eróticos porque muestran los esfuerzos iniciales de una mujer en un mundo que había sido dominio exclusivo de los hombres.

Si la versión sin expurgar del *Diario* se publica alguna vez, este punto de vista femenino quedará más claramente establecido. Mostrará que las mujeres (y yo en el *Diario*) nunca hemos separado el sexo del sentimiento, del amor al hombre como un todo.

*Anaïs Nin*  
*Los Ángeles, septiembre de 1976*



## Delta de Venus





## El aventurero húngaro

Había una vez un aventurero húngaro de sorprendente apostura, infalible encanto y gracia, dotes de consumado actor, culto, conocedor de muchos idiomas y aristocrático de aspecto. En realidad, era un genio de la intriga, del arte de librarse de las dificultades, de la ciencia de entrar y salir discretamente de todos los países.

Viajaba como un gran señor, con quince baúles que contenían la ropa más distinguida, y con dos grandes perros daneses. La autoridad que de él irradiaba le había valido el sobrenombre de «el Barón». Al Barón se le veía en los hoteles más lujosos, en los balnearios y en las carreras de caballos, en viajes alrededor del mundo, en excursiones a Egipto y en expediciones al desierto y África.

En todas partes se convertía en el centro de atracción para las mujeres. Al igual que los actores más versátiles, pasaba de un papel a otro a fin de complacer el gusto de cada una de aquéllas. Era el bailarín más elegante, el compañero de mesa más vivaz y el más decadente de los conversadores en *los tête-à-têtes*; sabía tripular una embarcación, montar a caballo y conducir automóviles. Conocía todas las ciudades como si hubiera vivido en ellas toda su vida. Conocía también a todo el mundo en sociedad. Era indispensable.

Cuando necesitaba dinero, se casaba con una mujer rica, la saqueaba y se marchaba a otro país. Las más de las veces, las mujeres no se rebelaban ni daban parte a la policía. Las pocas semanas o meses que habían gozado de él como marido les dejaban una sensación que pesaba más en su ánimo que el golpe de la pérdida de su dinero. Por un momento, habían sabido lo que era vivir por todo lo alto, lo que era volar por encima de las cabezas de los mediocres.

Las levantaba tan alto, las sumía de tal manera en el vertiginoso torbellino de sus encantos, que su partida tenía algo de vuelo. Parecía casi natural: ninguna compañera podía seguir su elevado vuelo de águila.

El libre e inasible aventurero, brincando así de rama en rama dorada, a punto estuvo de caer en una trampa, una trampa de amor humano, cuando, una noche, conoció a la danzarina brasileña Anita en un teatro peruano. Sus ojos rasgados no se cerraban como los ojos de otras mujeres, sino que, al igual que en los ojos de los tigres, pumas y leopardos, los párpados se encontraban perezosa y lentamente. Parecían cosidos ligeramente el uno al otro por la parte de la nariz, porque eran estrechos y dejaban caer una mirada lasciva y oblicua, de mujer que no quiere ver lo que le hacen a su cuerpo. Todo esto le confería un aspecto de estar hecha para el amor que excitó al Barón en cuanto la conoció.

Cuando se metió entre bastidores para verla, ella estaba vistiéndose, rodeada de gran profusión de flores, y, para deleite de sus admiradores, que se sentaban a su alrededor, estaba dándose carmín en el sexo con su lápiz labial, sin permitir que ningún hombre hiciera el menor gesto en dirección a ella.

Cuando el Barón entró, la bailarina se limitó a levantar la cabeza y sonreírle. Tenía un pie sobre una mesita, su complicado vestido brasileño estaba subido, y con sus enojadas manos se dedicaba de nuevo a aplicar carmín a su sexo, riéndose a carcajadas de la excitación de los hombres en su derredor.

Su sexo era como una gigantesca flor de invernadero, más ancho que ninguno de cuantos había visto el Barón, con el vello alrededor abundante y rizado, negro lustroso. Estaba pintándose aquellos labios como si fueran los de una boca, tan minuciosamente que acabaron pareciendo camelias de color rojo sangre, abiertas a la fuerza y mostrando el cerrado capullo interior, el núcleo más pálido y de piel más suave de la flor.

El Barón no logró convencerla para que cenaran juntos. La aparición de la bailarina en el escenario no era más que el prelude de su actuación en el teatro. Seguía luego la representación que le había valido fama en toda Sudamérica: los palcos, profundos, oscuros y con la cortina medio corrida, se llenaban de hombres de la alta sociedad de todo el mundo. A las mujeres no se las llevaba a presenciar aquel espectáculo.

Se había vestido de nuevo, con el vestido de complicado cancan que llevaba en escena para sus canciones brasileñas, pero sin chal. Su vestido carecía de tirantes, y sus turgentes y abundantes senos, comprimidos por la estrechez del entallado, emergían ofreciéndose a la vista casi por entero.

Así ataviada, mientras el resto de la representación continuaba, hacía su ronda por los palcos. Allí, a petición, se arrodillaba ante un hombre, le desabrochaba

los pantalones, tomaba su pene entre sus enjovadas manos y, con una limpieza en el tacto, una pericia y una sutileza que pocas mujeres habían conseguido desarrollar, succionaba hasta que el hombre quedaba satisfecho. Sus dos manos se mostraban tan activas como su boca.

La excitación casi privaba de sentido a los hombres. La elasticidad de sus manos; la variedad de ritmos; el cambio de la presión sobre el pene en toda su longitud, al contacto más ligero en el extremo del firme manoseo de todas sus partes al más sutil enmarañamiento del vello, y todo ello a cargo de una mujer excepcionalmente bella y voluptuosa, mientras la atención del público estaba dirigida hacia el escenario. La visión del pene introduciéndose en su magnífica boca, entre sus dientes relampagueantes, mientras sus senos se levantaban, proporcionaba a los hombres un placer por el que pagaban con generosidad.

La presencia de Anita en el escenario los preparaba para su aparición en los palcos. Los provocaba con la boca, los ojos y los pechos. Y para darles satisfacción, junto con la música, las luces y el canto en la oscuridad, en el palco de cortina semicorrida por encima del público existía esta forma de entretenimiento excepcional.

El Barón estuvo a punto de enamorarse de Anita, y permaneció junto a ella más tiempo que con ninguna otra mujer. Ella se enamoró de él y le dio dos hijos.

Pero a los pocos años él se marchó. La costumbre estaba demasiado arraigada; la costumbre de la libertad y del cambio.

Viajó a Roma y tomó una *suite* en el Gran Hotel. Resultó que esa *suite* era contigua a la del embajador español, que se alojaba allí con su esposa y sus dos hijas. El Barón les encantó. La embajadora lo admiraba. Se hicieron tan amigos y se mostraba tan cariñoso con las niñas, que no sabían cómo entretenerse en aquel hotel, que pronto las dos adquirieron la costumbre de acudir, en cuanto se levantaban por la mañana, a visitar al Barón y despertarlo entre risas y bromas, que no les estaban permitidas con sus padres, más severos.

Una de las niñas tenía alrededor de diez años, y la otra doce. Ambas eran hermosas, con grandes ojos negros aterciopelados, largas cabelleras sedosas y piel dorada. Llevaban vestidos cortos y calcetines blancos también cortos. Profiriendo chillidos, corrían al dormitorio del Barón y se echaban en la gran cama. Él quería jugar con ellas, acariciarlas.

Como muchos hombres, el Barón se despertaba siempre con el pene particularmente sensible. En efecto, se hallaba en el estado más vulnerable. No tuvo tiempo de levantarse y calmar su estado orinando. Antes de que pudiera hacerlo, las dos niñas habían echado a correr por el brillante pavimento y se le habían lanzado encima, encima de su prominente pene, oculto en cierta medida por la gran colcha azul.

Las chiquillas no se dieron cuenta de que se les habían subido las faldas, ni de que sus delgadas piernas de bailarinas se habían enredado entre sí y habían caído sobre el pene del Barón, tieso bajo la colcha. Riéndose se subieron encima de él, se sentaron a horcajadas como si él fuera un caballo, presionando hacia